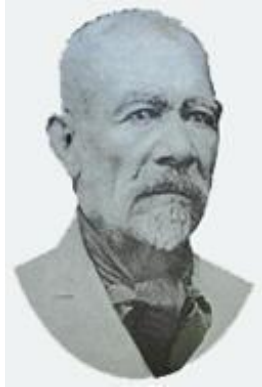


***EL CAUTIVERIO DE CELSO***  
***(POR RICARDO CABALLERO, 1936)***



*Celso Caballero*

*El viejo Celso, el cautivo de los ranqueles, va cruzando como una sombra por entre las multitudes desconocidas que pueblan los natales campos. Sus apagados ojos ya no reflejan la honda melancolía que suavizaba su mirar bravío: en la frente altanera el pensar ha cavado áridos surcos y en el rostro tostado y varonil el desierto ha impreso su severa tristeza.*

*Pocos conocen la dolorosa historia de su vida, contados son los que si alguna vez la oyeron; revivieran con él, las sombrías angustias que la agitaron.*

*Quiero rendir en “Nativa”, un homenaje al pobre y desvalido criollo viejo, repitiendo los relatos que algunas veces escuché de sus labios, a la sombra de nuestros Algarrobos familiares.*

*En una noche lejana, tendidos sobre nuestros aperos bajo los cielos infinitos, tan conocidos para Celso como la misma pampa, comenzó de esta manera, la historia de sus aventuras.*

*Recuerdo las circunstancias de mi cautiverio como si hubiera sido ayer.*

*Al caer una tarde de verano del año 1872, andaba repuntando una majada hacia “El Chato”, estancia de Don Martín Ramos, que como usted sabe poblaron y defendieron durante muchos años mis tíos y primos, los Pereyra, -cuando de pronto observé con sorpresa que el campo ardía por varios puntos. Tendí mi vista al horizonte y agucé el oído. Escuché lejanos alaridos y distinguí tras las humaredas del incendio jinetes desconocidos que corrían detrás de las manadas arriándolas hacia el Sud. Me di cuenta que eran indios, que me sería difícil escapar, pues se habían interpuesto entre la estancia y la dirección que yo llevaba. No existía ninguna población a la que pudiera dirigirme.*



*Ubicación de la Estancia “El Chato” donde fue atrapado Celso  
Mapa Labergue -1867*

*Pero intenté salvarme. Abandoné mi cabalgadura, una yegua inservible, y me oculté en las cortaderas de una cañada. Pero los indios me habían visto, descubrieron fácilmente mi escondite y fui su prisionero, su cautivo. Yo tenía entonces doce años; era un muchacho, pero como los del campo, como los de esos tiempos; duro para el caballo, acostumbrado al trabajo, familiarizado con el peligro, indiferente y animoso para la adversidad. Los muchachos de las viejas estancias, los boyeros de las tropas de carretas, los maruchos de los arreos, eran hermanos gemelos de los grumetes de los tiempos heroicos de la navegación a vela.*

*Cuando me apresaron los indios –prosiguió Celso-, sentí como un golpe de angustia en el corazón, miré las poblaciones de la estancia. Parecían reposadas en el silencio de la pampa y de la noche como en un regazo que las aproximara para defenderlas. Envié un silenciado ¡adiós! A mi madre que allí se quedaba y seguí al indio, que por haberme encontrado primero, sería de allí en adelante mi señor.*

*Toda esa noche marchamos rumbo al sud, sin descansar ni un momento, al galope largo, interrumpido brevemente por pesados trotes. Las quemazones enrojecían el cielo escoltando con sus llamaradas la ruta para mí desconocida. Los indios de pelea cambiaban caballo a menudo, pasaban a retaguardia, se perdían en los flancos, desde donde nos llegaban entrecortadas las imprecaciones de su ruda lengua. Los prisioneros y los indios escogidos para salvar los arreos, íbamos en el centro de la columna.*

*La dirección general era la estrella de abajo del Crucero (La cruz del Sud) pues ella señalaba la posición de los toldos de Mariano Rosas, cacique general de los ranqueles.*



*Cacique Panguitruz Güor o Mariano Rosas (1825-1877)  
Restitución de sus restos a sus descendientes en 2001 - Museo de Ciencias Naturales (UNLP)*

*En los breves altos sentíamos hablar a los indios en su broncínea y bella lengua, intercalando frases en castellano, con el evidente propósito de atemorizarnos para que no se nos ocurriera tentar una fuga: ¡matando cristianos!, decían: ¡cristianos flojos!*

*Un cautivo veterano me explicó al oído el significado de aquellas escenas que me dejaban perplejo: los indios marchan perseguidos, me dijo y van combatiendo. Los caballos que llegan enfrentados y sudorosos, pertenecen a guerreros caídos, y esas palabras en castellano las dicen para asustarnos. La persecución debe ser tenaz y tal vez podamos huir. ¡Vana esperanza! Pronto nos dimos cuenta, por el aire conificado de los indios, que ella había terminado.*

*En las sesenta horas de casi ininterrumpido galopar. Habíamos recorrido más de 100 leguas. Nos detuvimos en los toldos de unos indios, situados en lo que actualmente es el centro de la gobernación de la Pampa. En la mañana me señalaron la rastrillada polvorosa y cansada que conducía a Leubucó. Mi cautiverio, era ahora definitivo.*

*Mi patrón me vendió seguramente, y por ese motivo, pasé a habitar en un toldo, alejado del grupo principal, en la costa de una hermosa laguna de agua dulce, de fondo arenoso, mantenida por vertientes, cuyo rumor sentía en las largas horas que pasaba en sus orillas, recordando mis lejanos pagos.*

*El indio a quien servía me utilizaba en los trabajos de campo, en los que yo era entendido, y salvo la amenaza de matarme si intentaba huir, me trató sin rigor y casi con afecto. Poco a poco, sentí penetrar en mí, el encanto de aquella vida, transformándome en un indio completo; aprendí la hermosa lengua araucana; fui maestro en el manejo de la lanza, hasta distinguirme en los bárbaros simulacros, hice mi toldo, aré las chacras que me entregaron, cuidé mis tropillas y participé de los peligros y de las alegrías de las tribus. Con los años el recuerdo de la tierra cristiana, iba borrándose de mi memoria. La imagen de mi madre, que otros cautivos me decían la habían visto en la capillita de Ballesteros, rezando por mi vuelta y pidiendo a Dios por mi vida, enternecía mi alma endurecida por la existencia en el desierto.*

*Una vez sentí intensamente el deseo de volver a mis pagos al darme cuenta que los indios los habían invadido, por la marca de unos yeguarizos: la de los Domínguez de La Carlota y la de su padre que es así: Ps (Celso la dibujó en la tierra).*

*Cuando supe, continuó Celso, que las tropas cristianas avanzaban para conquistar a sangre y fuego las tierras de la pampa, acompañé a los indios en su resistencia y pelié contra ellos hasta lo último. Mi instinto oscuro pero luminoso, me hacía presentir los horrores de una tiranía implacable. En los parlamentos bárbaros, mi voz se unió a la de los que aconsejaban resistencia.*

*No crean en promesas, les dije: gentes extranjeras vendrán detrás de las rastrilladas de los ejércitos para apoderarse de todas nuestras tierras. Vi claramente entonces lo que es ahora la dura realidad: la lucha entre el indio y el gaucho, disputándose el dominio de la pampa, no ha beneficiado a ninguno de los combatientes.*

*Tan paria es el gaucho que formara los ejércitos de la Nación, como fue el indio vencido.*

*Predominó entre las tribus la idea de la resistencia, convencidos de antemano de la derrota. Pero no por eso pelearon con menor valor y decisión. Vi caer a Baigorria como un héroe en las fronteras de sus dominios que no quiso abandonar a pesar de nuestros ruegos; me encontré en las cargas de los lanceros elegidos de Pincén Chico, y escuché enternecido yo mismo su grito de guerra. Me guiaron juntamente con mis hombres, los baquianos insuperables Manuel Alfonso (Chañilao) su pariente, según creo, y Pincén Grande. Rotas las líneas de defensa de los indios, recibimos orden de Namuncurá, de reconcentrarnos sobre las cordilleras, a objeto de asegurarnos la retirada, hacia la región de Arauco en Chile, en donde habitaban indios de la misma raza.*

*Presencí allí, la llegada de los indios proscriptos y vencidos. Es uno de mis más emocionantes recuerdos. Venían, veníamos, mejor dicho, cubiertos de harapos y de heridas emponzoñadas por el frío, sobre caballos que se arrastraban como sombras. Fuimos recibidos con cariño. Cuando los vencidos pronunciaban sus nombres, los indios más viejos de las tribus chilenas, centenarios algunos, establecían en alta voz, los lazos de familia que los unían a ellos.*

*Entre ese grupo, recuerdo a uno de fabulosa edad –debía tener más de 130 años-. En 1830, había expedicionado desde Chile, con el grado de Capitanejo, a la conquista de la Pampa. Vió morir al Cacique Rondeau, en las cercanías de Carhué, en los médanos de Mesallé, sorprendido por la traidora maniobra de Calfucurá. Estaba el anciano de pie, tembloroso y ciego. El hijo de un cacique ranquelino se nombró en su presencia y el viejo ordenó que se le aproximara. Sus manos nudosas como las cortezas de los caldenes, le palpaban la cara, le acariciaban los cabellos, mientras en puro y elegante araucano, le decía: Vienes de los míos, los padres de tus abuelos conquistaron conmigo esa tierra hermosa de la pampa. Rodeábamos en respetuoso círculo al anciano y al joven guerrero, sobre cuyo rostro se deslizaban gruesas lágrimas.*

*Enternecido por sus propios recuerdos, Celso se detuvo un momento y prosiguió su relato con visible amargura. Yo viví entre los indios de Arauco hasta 1890. Cansado de la opresión que los gobiernos de Chile empezaban a ejercer sobre las tribus, tomé la resolución de volver a lo que ingenuamente llamaba yo mi tierra.*

*A caballo recorrí la enorme distancia. Pasé a la vista de estancias orgullosas que se levantaban como fortalezas, lejos de los caminos; costí campos con alambrados interminables y sufrí la pena de atravesar por los aduares de algunos restos miserables de las tribus sometidas.*

*Llegué a Ballesteros, envejecido y pobre y casi desconocido. Al dar mi nombre, el recuerdo de mi persona se levantaba como una borrosa imagen entre los que fueron amigos de la niñez y aún entre mis parientes. Lo demás, lo sabe usted bien –añadió.*

*Yo sentí que no se habían extinguido todavía los odios contra los indios, a pesar de que ahora les tocaba a los gauchos con quienes peleamos, soportar la tiranía impalpable de la pobreza, contra la que ni siquiera se puede morir llevándole una carga de lanza. Celso seguía desarrollando sus reflexiones con elocuencia tan patética, que me incorporé para escucharlo. Me dijo que nada le era grato en la tierra a la que tanto había deseado volver. Han desaparecido los bosques –exclamó-, las hermosas lagunas, los campos abiertos, los bañados, las aves que los alegraban. De los criollos que fueron mis conocidos, mis parientes, mis amigos, encuentro ancianos vencidos, arrinconados en poblaciones miserables.*

*Juan Pereira, mi primo, el jefe de la familia heroica que resistió en “El Chato” durante largos años las invasiones ranquelinas, es el símbolo de esta decadencia; es portero del alambrado que cerca el mismo campo, propiedad en el presente de un extranjero. ¿De dónde han venido, se preguntaba como hablando consigo mismo, buscando con sus ojos en los míos una respuesta que yo no podía darle, de dónde han venido, las oleadas victoriosas de estas nuevas gentes, que han sepultado los hombres y las cosas nuestras? ¿No hubo nadie que pensara en detenerlos? ¿Cómo se ha consentido que cambiaran por sórdido interés el hermoso panorama de estos campos de belleza tan solemne, que parecía imperecedera? ¿Por qué dejaron los gobiernos que se arrancaran los bosques, que se aplanaran las cañadas, que se cambiaran los nombres de los lugares, que se cercaran los campos y se cortaran los caminos legendarios, cuyas huellas semi borrosas apenas he podido distinguir a través de los alambrados hostiles?.*

*¿No valía nada acaso la belleza de nuestra tierra, para que impunemente se la destruyera? ¿Y no valía nada tampoco el heroísmo con que la defendimos, para que hasta los nombres de los lugares donde murieron por ella nuestros padres, nuestros abuelos, fueran borrados del mapa y sustituidos por el de extranjeros que nada dicen a nuestros recuerdos ni a nuestra tradición?. Como herencia de proscritos, ha sido robada la tierra argentina. Muchas veces en mis noches errantes he llorado por los criollos, por los indios, por los paisajes desaparecidos. Aquí me tiene todavía vivo, entre esta civilización agitada y triste, a la que miro con desprecio desde el rincón donde arrastro mi existencia torturada, mientras llega el momento en que mi vida se extinga como una luz maldita, en noche que ya ha cubierto toda mi tierra, toda mi raza.*

*Celso quedó en mi puesto hasta bien entrada la tarde del día siguiente. O vi alejarse a la oración en su alto y viejo caballo. Marchaba de espaldas al crepúsculo con la cabeza perdida entre los hombros, inclinada la frente sobre sus trágicos y dolorosos recuerdos.*

*Celso vive aún, casi centenario, en Ballesteros Viejo. Quienes deseen oír de sus labios estas reflexiones que he recogido aquí, y sean capaces de evocar el poema de la vida campesina, hoy desconocido, comprenderán hasta qué grado debemos los argentinos auténticos, a esos actores anónimos, bravíos, sufridos, sentimentales, nobles, abnegados y fuertes, la aristocracia espiritual que nos caracteriza.*

*Texto aparecido en la revista “Nativa” en diciembre de 1936.*

*Notas importantes:*

*Las fotos incorporadas no corresponden al texto original, fueron incluidas en esta presentación al solo efecto de enriquecer e ilustrar su contenido.*

*Se agradece el aporte de Carlos Caballero y la valiosa ayuda de Iván Wielikosielek.*

*Realizó: [www.capillasytemplos.com.ar](http://www.capillasytemplos.com.ar)*